ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA.

¡¡MIGUEL!!

DRAMA

EN UN ACTO Y EN PROSA, ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

MADRID:
SEVILLA 14 PRINCIPAL.
1874.

474:3

¡¡MIGUEL!!!

DRAMA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

Estrenado con aplauso en Madrid, en el teatro ROMEA
la noche del 28 de Octubre de 1874.

MADRID:
IMPRENTA DE S. LANDÁBURU,
PLAZA DE LOS CARROS, 2, BAJO.
1874.

DISTRIBUCION DEL DRAMA.

PERSONAGES.	ACTORES.
MARIA.....	Srtas. D.ª Elisa Mallí.
BEATRIZ.....	« Rafaela Perez Cachet.
ENRIQUE, *de 8 años de edad*,	Juana Diez.
MIGUEL.....	Sres. D. Antonio Mallí.
PABLO RIOS.....	« Benito Chas de Lamotte.
EL DOCTOR SANTA CRUZ.	Antonio Molina.
ANDRÉS.....	« Federico Balada.
FRANCISCO.....	« Ricardo Ferrandiz.

Pasa la accion en Carabanchel de Abajo y en la época presente.

La propiedad de esta obra es de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaría.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de *D. Eduardo Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

AL CONOCIDO Y REPUTADO

MAESTRO-DIRECTOR

D. Modesto Julian y Bosch.

Acepta, aunque no quieras, este desarreglado *arreglo, que te dedica tu verdadero amigo,*

Santiago Infante de Palacios.

ACTO ÚNICO

El teatro representa un pequeño salon de verano en una casa de campo, alhajado con lujo.—Puerta de entrada á la derecha del foro, en plano oblicuo.—Cuatro puertas laterales. —La del primer término de la derecha, conduce á la habitacion de Miguel; la del segundo, á un tabuco sin salida. —La del primer término de la izquierda, á la habitacion de Maria; y la del segundo, á la de Enrique.—En último término de la izquierda, una ventana, en plano oblicuo.— A la derecha, un canapé.—En medio de la escena, un velador preparado para el desayuno de dos personas.—Al foro, y encima de una chimenea, una panoplia con escopetas de caza, espadas y floretes.—Al levantarse el telon, Beatriz entra por el foro con varios periódicos en la mano; los deja en el canapé; concluye de arreglar la mesa, y don Miguel sale de su habitacion.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ Y MIGUEL.

MIG. Gracias á Dios que te encuentro! ¿Dónde diablo has estado toda la mañana? Te he hecho buscar por todas partes, para preguntarte por ciertos papeles que no encontraba, y no han podido dar contigo.

BEAT. Estaria ocupada con la planchadora.

MIG. No por cierto.

BEAT. Entonces, estaria en el jardin, poniendo las persianas en el invernadero.

MIG. Bien puestas deben estar las tales persianas, á juzgar por el tiempo que has tardado en colocarlas! Beatriz, hoy pondrás dos cubiertos nada mas; uno para don Pablo, y otro para mi.

BEAT. Ya lo sé, don Miguel; y como la señorita, que

ahora se encuentra con el doctor, me dió sus órdenes y me dijo que los sirviese aqui mismo, por eso..... (Miguel, sentándose en el canapé, le quita la faja á uno de los periódicos y empieza su lectura.—Beatriz, vase por el foro.)

ESCENA II.

MIGUEL, solo.

¡Cosa mas particular! ¡Otro marido engañado por su cara mitad! ¡Bien hecho!...La culpa es de él. Y al decir que la culpa es suya, yo no lo sé; pero apostaria cualquier cosa á que tengo razon. Las mujeres, no desean otra cosa que amar á sus maridos, con la condicion de que ellos les correspondan. Por ejemplo: yo, que conozco que no soy jóven, ni guapo, sé positivamente que mi mujer, que es hermosa, jóven y encantadora, me ama y delira por mi. ¿Y por qué?... Por la sencilla razon de que yo la adoro. (El doctor aparece en el dintel de la puerta izquierda del primer término.)

ESCENA III.

DICHO Y EL DOCTOR.

MIG. (Levantándose y estrechando la mano del doctor.) ¡Ah!...Felices dias, doctor. ¡Viene usted de ver á mi señora! Supongo que habrá sido una visita de amigo.

DOC. (Se sienta en el canapé.) Sin duda alguna.

MIG. Lo celebro; porque cuando ella se encuentra meramente indispuesta, yo me pongo enfermo. Y créame usted, amigo Santa Cruz, si mi esposa llegase á estar enferma de peligro, estoy sumamente convencido, que su enfermedad me ocasionaba la muerte; porque Maria, constituye mi felicidad, mi dicha; ella es, en fin, mi propia vida.

DOC. Demasiado lo sé.

MIG. ¡Y decir que cuando me casé con ella, yo fuí quien creí hacerla un beneficio!...¿Sabe usted del modo que me casé con ella?

Doc. ¿No vivia usted en Artemisa, pueblo de la Isla de Cuba, donde don Ernesto del Valle, su padre, tenia un Ingenio á poca distancia del de usted?

Mig. Precisamente; pero una mañana, el Ingenio no era mas que un monton de cenizas; don Ernesto habia perecido en las llamas y su hija se habia salvado por milagro.

Doc. Es decir, por usted.

Mig. Por mi, ya que usted lo dice. Maria, que entonces tenia diez y siete años, se encontró despues de la catástrofe, sin recursos, sin parientes, y sin un amigo.

Doc. Escepto usted.

Mig. Sea. Por aquella época, la reputacion que yo gozaba en América, no era de las mejores que digamos; aunque en honor de la verdad, merecido lo tenia. En tal estado, ¿qué hacer?... Vivir y tener en mi propia casa y bajo el mismo techo á una jóven hermosa, era hacerla perder para siempre su reputacion; y dejarla abandonada y á solas con su dolor, era enterrarla en vida. Por las razones que llevo expuestas, me dije á mi propio: Si en los años que cuento no he hecho mucho mal en el mundo, tampoco he hecho mucho bien; por lo tanto, quiero pagarme el lujo de hacer una buena accion. Bien es cierto, que yo no quiero á Maria; pero si me casase, lo haria por ella y no por mi. Si, doctor; y en vista de todo esto, el hombre que está presente, se atrevió á ofrecer su nombre y su fortuna, á la señorita doña Maria Valle; convencido de que aunque hacia en ello un sacrificio, el cielo me lo tendria en cuenta alguna vez. ¿No le parece algo cómico mi casamiento? Debo añadir en mi favor que mi tonteria fué de corta duracion; pues no tardé en reconocer, que el deudor para con ella era yo. Trascurrido ese tiempo, he pasado mi vida ocupado en tratar de pagar esa deuda; y mientras que la lucha estuvo circuns-

crita á la esposa y al marido, me defendí lo bastante; pero desde hace ocho años que se han puesto contra mi Enrique y María, no puedo ménos de confesar que me doy por vencido.

Doc. ¡Qué bueno es usted, don Miguel!... (Levantándose.) ¡Calle!... Dos cubiertos!... Pues tenia entendido que su esposa debia almorzar hoy, en la quinta de la señora de San Juan...

Mig. (Levantándose.) Con efecto; pero yo almuerzo con Pablo, que llegó anoche.

Doc. ¿Con Pablo?... (Con aire incómodo.) ¿Pues qué, no ha vuelto á marchar á ese gran viaje, del cual tanto me tenia hablado?

Mig. Se marchó hace quince dias; pero fué á Madrid y se me figura, que ese famoso viaje quedará en proyecto. (El doctor deja escapar un movimiento de impaciencia.) ¿Pero qué le pasa á usted, doctor? ¡le encuentro preocupado! ¿Tiene usted algun pesar que le atormente?

Doc. No, nada, amigo mio; no tengo nada que me mortifique personalmente. Pero usted comprenderá que, á título de médico, cuando no se tiene el corazon bien endurecido, y es uno amigo de la mayor parte de sus visitas, sus enfermedades no preocupan solamente al médico, sino al hombre.

Mig. Ya comprendo. ¿Acaso alguno de sus enfermos le hace estar intranquilo?

Doc. Por ahora, no; pero...

Mig. Quién es, quién?...

Doc. Le vuelvo á repetir, que todavía no es inminente el peligro. Le diré más aun; con precaucion y cuidado, se puede esperar ..

Mig. (Algo inquieto.) Usted no ha respondido á mi pregunta, señor de Santa Cruz... María estaba anoche un poco indispuesta, y usted acaba de visitarla. ¿Por ventura?.... Hable usted...

Doc. Querido amigo, usted me pone en una situacion cruel. Yo no hubiese querido inquietarle; pero usted sabe que ciertas enfermedades no se pueden conjurar, sino á condicion de que el médico haya conocido el principio de ella en

tiempo oportuno, con el fin de librar al enfermo...

Mig. Si, yo lo adivino; esas palpitaciones de las cuales se ha quejado algunas veces...¿Eso es? ¡Lo he adivinado!... ¿No es cierto?..

Doc. Con efecto, existe algo de lo que usted dice; pero puede hacerse que el mal disminuya, que termine, y desaparezca por completo. La gran cuestion, es eximir á su esposa de los mas pequeños disgustos, y hasta de las mas leves incomodidades.

Mig. Pues sino es mas que eso...

Doc. Ya sé cuanto la ama usted, y lo bueno que es para con ella; pero para llegar á ser un marido escelente, le falta aun poderse reprimir de ese carácter impetuoso que...

Mig. Pues viva usted tranquilo, que yo sé reprimirme cuando quiero, y le doy palabra...

Doc. Por lo que hace á usted, ya sé que puedo confiar en lo que dice, pero usted no vive solo; antes por el contrario, vive íntimamente relacionado con algunos de sus vecinos.

Mig. Verdad es; con Giraldez, Vega, Rios....

Doc. Si, Rios; Pablo Rios. Por ese es justamente por quien me inquieto; asi como tampoco me es dado ocultar mi despecho, con la noticia de su vuelta.

Mig. ¿Qué me quiere usted decir?...

Doc. (Apoyando lo que dice.) ¿Ha olvidado usted que su padre murió loco?

Mig. Es cierto; pero él no lo está.

Doc. Aun no; pero en ciertas ocasiones... Por ejemplo: ¿Cuando hacia mal tiempo, como hoy, no observó usted los temblores que le acometian... las ideas que le asaltaban?

Mig. Con efecto; pero de eso á la locura...

Doc. Esos son muy malos síntomas, muy malos; y á tal padre, tal hijo... Y si me creyese usted, debia hacer tantos esfuerzos por alejarle de aqui ahora, como hasta aqui ha hecho por retenerle.

Mig. Pobre hombre!.... El que nos quiere tanto!.....

¡No sé de qué medio valerme para!.....

Doc. Váyanse ustedes á acabar la estacion de verano á Suiza. De ese modo, él se verá aqui solo, y acostumbrado á pasar todo su tiempo con ustedes, se aburrirá; entonces, yo le haré que vuelva á América. Es forzoso hacer lo que le digo.

Mig. ¡Pero doctor!...

Doc. No hay peros que valgan. Esto es..... lo que el médico ordena.

ESCENA IV.

DICHOS Y BEATRIZ. Entra por la izquierda, con un sombrero puesto, con el fin que se comprenda bien, que vá á acompañar á su señora.

Beat. Me ha dicho la señora que ya está lista, y que vamos á salir con el señorito Enrique.

Doc. (Vivamente.) Está muy bien: Ya bajamos. (Beatriz entra en la primera habitacion de la izquierda.)

Mic. (Adelantándose con voz oprimida.) Vamos á despedirla.

Dog. No, amigo mio, no salga usted, porque se encuentra demasiado afectado. Yo hallaré medio para disculparle; y no olvide que cuando su esposa vuelva, es necesario que le encuentre con su buen humor acostumbrado. Vamos, valor y todo irá á las mil maravillas. (Váse.)

ESCENA V.

MARIA, MIGUEL, ENRIQUE Y FRANCISCO.

Mig. ¡Con tal que el bueno del doctor no se engañe!...¿Y si la enfermedad fuese mas grave?..... ¿Y si el peligro es mas sério de lo que él se imagina?.....(Se dirije á la ventana.)

Maria. (Desde fuera.) Adios, Miguel...

Enr. (Idem.) Hasta luego, papaito.....

Mig. (Desde la ventana.) Hasta luego, hijos mios; que no tardeis. (Les saluda y les envia besos. Se oye el ruido de un carruaje que se aleja.) Hasta despues.

Franc. (Desde fuera, gritando.) ¡Señorita!... ¡Señorita!.....

Mig. (Desde la ventana.) ¿Que ocurre, Francisco...?

Franc. (Desde fuera.) Nada; que la señorita ha dejado caer su porta-monedas, al subir al carruaje.

MIG. No tiene necesidad de él. Aquí le encontrará cuando vuelva. (Se quita de la ventana.)

FRANC. (Desde fuera.) Está muy bien, señorito.

MIG. (Pensativo y despues de una pausa.) ¡Pobre esposa mia!...¡Qué noticia mas funesta para mi!...¡Si fuese una aneurisma!...¿Y qué puede suceder? ¿Que ella muera?.....Pues si ella muere....yo me mato, y negocio concluido.

ESCENA VI.

MIGUEL Y FRANCISCO.

FRANC. Aqui tiene usted el porta-monedas. ¡Afortunadamente, que la señorita no lo ha dejado caer en el campo! (Váse.)

ESCENA VII.

MIGUEL solo.

(Toma el porta-monedas en sus manos, y lo observa maquinalmente por fuera.) Y afortunadamente tambien, que la pérdida no hubiese sido gran cosa. No hay nada en él.(Le toca por fuera.) ¡Ah! si!.. Hay billetes. (Se sienta en el canapé.) ¡Pobre esposa mia! Que pierda en buen hora todos los porta-monedas y billetes del mundo, con tal que su salud... (Abre el porta-monedas con indiferencia.) Nada. Sin embargo, creí haber tocado... Si están en el segundo bolsillo! (Pausa.) Si á ese desgraciado Pablo le sucediese en presencia de Maria!.. (Trata siempre de abrir el porta-monedas con indiferencia.) ¡Qué torpe soy! ¡Si tiene un pequeño secreto! (El secreto se abre.) ¡Gracias á Dios! (Saca lo que contiene.) Es una carta! (Mirando el sobre y leyendo) «Cartas en lista.. Señorita doña Beatriz Suarez.—Carabanchel de «Arriba.»—¿Por qué hará Beatriz que le dirijan sus cartas á Carabanchel de Arriba y no á Carabanchel de Abajo, donde vivimos? ¿Y cómo se encuentra esta carta en poder de...? Nada mas sencillo; Beatriz ha sido educada por Maria; no tiene secretos para ella; le habrá enseñado esta carta; y luego... ¡Cosa mas particular!.. Si parece... y lo es; no, no hay du-

da!.. Es el carácter de letra de Pablo!.. ¿Habrá abusado de la confianza de esa jóven?..¿En mi casa?..¿En casa de mi esposa?..¿Y cómo es que?.. ¡Esto es incomprensible!., Es preciso que yo sepa...(Recorre con la vista la carta.) Sin duda he leido mal..! ¡Es á mi esposa á quien!.. ¡No sueño, no!..(Se levanta.)¡ Esta es una carta de un amante á su querida!.. Su querida!.. ¿Mi mujer? ..¿Pablo, su amante?...¡Si, si!...¡Y sin duda alguna, desde hace ya mucho tiempo!.. Yo lo sabré. Ya que son tan estúpidos que se escriben, ella debe conservar sus cartas...¿Dónde?...(Se dirije á la habitacion de Maria y se detiene.) No, ahí, no. ¡Ah!.. Alli... en el gabinete sin salida. En el secreter de Maria, del cual ella sola tiene la llave. Si, alli deben estar. (Entra en la pieza designada. La escena queda sola. Se oye el ruido que hace Miguel, rompiendo un mueble. Despues, vuelve á oirse el ruido de cajones, que él abre y cierra.-Silencio de nuevo.-Miguel aparece en la puerta lívido, con la vista extraviada, los cabellos en desórden, y con varias cartas abiertas en la mano.-Cierra la puerta de dicha habitacion, echa la llave, y se la guarda en el bolsillo.)

ESCENA VIII.

MIGUEL, y poco despues PABLO.

(Miguel, dá algunos pasos temblando; despues, se sienta cerca de la mesa; se limpia la frente; se arregla la corbata; se guarda las cartas; y con la mirada fija, oculta la barba entre sus manos,)

MIG. (Tocando las cartas.) ¿Cómo podria yo vengarme? .¿Pero vengarme lo bastante para?..(Con un grito de dolor,) ¡Hijo mio!..(Pausa.) ¡Oh! sí; vengarme de él.... de él, sobre todo... de ese miserable!... ¿Pero cómo?..(La puerta de entrada se abre.— Aparece Pablo.—Miguel, se levanta de repente; y lo mira, como si creyese soñar.)

PAB. Ya estoy aquí...¡Como llegué tan tarde, y..! Buenos dias, Miguel.

MIG. (Con aire triste.) Felices, Pablo.

PAB. ¿Como estás? (Le coje la mano.)

MIG. (Dándose la maquinalmente.) Bien; muy bien.

PAB. (Pasando por delante de él, y dejando su sombrero sobre una butaca.)¿Y tu esposa?

MIG. (Temblando.)¿Mi esposa?..

PAB. ¿Y tu hijo?

MIG. ¿Mi.... mi hijo?.. (Vá directamente á la panoplia; coje una escopeta y reflexiona.)

PAB. ¿Qué haces ahí con esa escopeta?

MIG. No lo sé.

PAB. ¿Que no lo sabes?., Pues déjala en paz porque á decir verdad, tienes todas las trazas de un loco.

MIG. (Herido de una idea repentina.) ¿Qué has dicho?

PAB. Digo, que pareces un loco.

MIG. ¡Ah!...¿Es cierto que te parezco un loco? (Coloca la escopeta en su sitio.)

PAB. ¡Estás pálido!...¿Dime, estás enfermo?

MIG. No. He ido de caza esta mañana; estoy un poco cansado; no he almorzado aun, y ya es tarde.

PAB. ¡Pobre Miguel!...¿Y me estabas esperando?...

MIG. Si; y para no hacerte esperar cuando llegases, mandé que nos sirviesen un almuerzo fiambre...

PAB. ¿Y Enrique?...¿Y María?

MIG. No están aquí!...

PAB. Eso es otra cosa (Se sienta. como tambien Miguel; Pablo, á la izquierda; y Miguel, á la derecha.—Empiezan á almorzar.) Espero me dispenses, si durante mi ausencia no te he escrito mas amenudo; pero ya sabes que no me gusta escribir mucho.

MIG. Tienes razon. ¡A veces escribe uno tanto, que..!

PAB. ¿Has gozado en todo ese tiempo de buena salud?

MIG. Si.

PAB. ¿Y Enriquito?...¿Y tu esposa....?

MIG. Iban muy bien; María, sobre todo. Porque tú ya sabes, que Enrique se veia casi siempre acometido de accesos de fiebre nerviosa.

PAB. ¿Acaso, siguen aun enfermos?

MIG. ¡Enfermos!...Hace poco, me encontrabas pálido y yo atribuí esa palidez á mi cansancio; pero...¿Dime, cuando has llegado, Francisco ó Andrés no te han dicho nada?

PAB. Tú sabes que yo siempre entro aquí como por mi casa, y que nunca me hago anunciar.

MIG. Entonces, no has visto ni á Andrés, ni á Francisco.

PAB. Yo no he visto á nadie; y por Dios te suplico me digas...

MIG. (Lentamente.) Pues bien, amigo mio... Has de saber, que hace dos dias se vió atacado mi hijo de una fiebre agudísima nerviosa; y que en vez de ceder al dia siguiente, como de costumbre, la fiebre aumentó por grados, degenerando ayer mañana en tifoidea. (Observándole con sumo cuidado.)

PAB. (Temblando.) ¿Qué me dices?

MIG. ¡Y para colmo de desgracias, el doctor Santa Cruz se hallaba ausente!

PAB. (Con impaciencia.) ¿Entonces?..

MIG. Al ver á su hijo en aquel estado, y desesperada por la ausencia del doctor, la pobre María se vió acometida tambien, de un acceso de locura de los mas violentos y por la noche, en un momento que la dejaron sola...

PAB. (Fuera de sí.) ¡Acaba!...

MIG. Se apoderó de un frasco de laúdano, que el doctor la envió para calmar sus palpitaciones...

PAB. (Del mismo modo.) ¿Y...?

MIG. Y una hora despues... habia dejado de existir. (Ambos se levantan,)

PAB. ¡Muerta!...¿Pero... pero lo que me dices es cierto?

MIG. ¿Y porqué lo dudas?

PAB. Ante todo, por tu calma y tu sangre fria; y despues, por haber aguardado á decírmelo en la mesa. Podrías muy bien... (Acometido de una idea.) Y bien mirado, si no fuese cierto...¿Cómo serias capaz?..

MIG. Tú mismo lo conoces. En cuanto á verme tranquilo, en la apariencia, como me ves, acabarás de esplicártelo cuando sepas... lo que me queda por decirte.

PAB. ¿Aun tienes que revelarme algo mas?

MIG. Un descubrimiento que hice anoche, buscando unos papeles de familia, á consecuencia de lo sucedido.

PAB. ¿Un descubrimiento?

MIF. De los mas estraños é inconcebibles. Has de saber que mi esposa... no era mi esposa; y que mi hijo... no es mi hijo.(Pablo se echa bruscamente hácia atras.) ¿Qué te pasa?

PAB. (Tratando de dominarse.) ¡Lo que me dices es tan estraño é inconcebible, que..!

MIG. (Del mismo modo.) Comprendo tu sorpresa; pero no es una razon para mirarme..... como si tuvieses miedo de mi.

PAB. ¡Yo!... Yo no tengo miedo.(Esforzándose por sonreir.) ¿Porqué quieres que yo...? Todo ello es hijo de la sorpresa, como tú mismo has dicho; y una sorpresa tal...que no puedo creer aun...

MIG. ¿Por qué?

PAB. Porque es una sospecha... porque ni tienes la certeza de ello, ni mucho ménos las pruebas.

MIG. Dispénsame; las cartas que tengo aqui, en mi bolsillo... (Movimiento de Pablo.) Si, ya te comprendo. Tú te preguntas ¿cómo cuando uno es tan hábil para engañar á un hombre durante ocho años?...¡Si, porque ya hace ocho años, y aún mas, que existen esos amores!... Te pregunto, y con razon ¿cómo se puede ser tan imbécil, para escribir?... (Movimiento involuntario de Pablo.)¡Ah!...Soy de tu mismo parecer; pero es asi, no lo dudes, mi bueno y antiguo amigo.

PAB. (Las últimas palabras de Miguel, deben disipar el temor y aumentar la sorpresa.) Pues bien, tú pensarás cuanto quieras; pero yo persisto en creer, que te engañas, y que eres victima de un error.

MIG. No hay error posible, porque he encontrado las cartas en su *secreter*.

PAB. Quizá...quizá, es un depósito confiado por una amiga...

MIG. En ese caso, esa amiga no se llamaria tambien Maria, como ella, y el que escribe no se firmaria... (Se detiene.)

PAB. (En el colmo de la ansiedad.) ¿Tú?... Tú no sabes su nombre!

MIG. Lo sé.

PAB, ¿Y... lo conoces?

MIG. ¡Ya lo creo!... ¡Lo que siempre sucede!.... ¡Es uno de mis mejores amigos!

PAB. (Fuera de sí.) Pues...bien...nómbralo... En preciso acabar de una vez.

MIG. (Finjiendo sorpresa,) ¿Acabar?...¿Qué me dás á entender?

PAB. Que no puedes decirme su nombre.

MIG. Te engañas... Si puedo.

PAB. ¿Se llama?...

MIG. (Con sumo misterio.) El Vizconde Giráldez.

PAB. (Con regocijo, mezclado de espanto.) ¿El Vizconde?..

MIG. Sí Giráldez; vecino como tú, y el amigo mas antiguo que tenia... despues de ti.

PAB. ¡El Vizconde?...¡Pero eso es imposible!

MIG. ¿Imposible?... ¿Y porqué?

PAB. Porque yo veo tan claro como otro cualquiera, y hubiese observado...

MIG. ¡Lo que se me ha escapado á mi... al marido!... ¿Y porqué habias de ver mas claro que yo?

PAB. No lo sé..... pero me parece que si eso hubiese sido...

MIG. ¿Cómo si hubiese sido?... Si lo es, desde hace mas de ocho años!... ¿Entonces, no has entendido lo que te dije hace poco, que mi hijo no es mi hijo?

PAB. ¿Pues quien es su padre?

MIG. El Vizconde Giráldez.

PAB. (Con la mayor agitacion.) ¿Y no lo has muerto? ¿No le has atravesado aun el corazon!

MIG. ¡Ahi es nada!.....¿ Tan fácilmente se le atraviesa á un hombre el corazon? ¡Y digo á un hombre de su talla! ¡Porque eso si, reconozco que el Vizconde es lo que se llama un buen mozo!.. ¡Y luego, además de su presencia, tiene unas maneras tan distinguidas, que!.....Tú debias tenerle envidia. ¿Qué tienes, amigo mio?... Esa agitacion!... ¡Esos movimientos convulsivos!...

PAB. Tengo la cabeza ardiendo, y..... (Se deja caer en el sitio, donde antes se habia sentado.—Escucha-Se deja oir, el ruido de un coche que se aproxima.) ¡Calle!...¡Se diria el ruido de un coche que entra en el jardin!...

MIG. (Inquieto.) ¡Si!..... ¡Si!... (Corre hácia la ventana y deja escapar un gesto de cólera.—Despues, le asalta

una idea, y dice con aire tranquilo.) Con efecto... es Enrique y María. (Bajando.)

PAB. (Asustado.) ¿Qué es lo que dices?

MIG. Digo que es María y Enrique, que vuelven de almorzar con la señora de San Juan.

PAB. ¿María?...

MIG. (Riéndose.) Asómate y la verás.

PAB. (Corre hácia la ventana.) ¡Si.....si.....con efecto!...

MIG. ¿Y bien?...¿Y qué? ¿Porqué me miras con aire tan espantado?

PAB. ¿Porqué?... Pero?.....

ESCENA IX.

DICHOS, MARIA, ENRIQUE, BEATRIZ, FRANCISCO Y ANDRÉS.

MIG. (Saliendo al encuentro de Enrique y María.) Ah!...¡Pobres criaturas!...Cómo venis!... ¡Y en qué estado!...¡Ya lo creo!... Os ha caido toda la lluvia, por no haber querido llevar el carruage cubierto, como os dije esta mañana. Vayan ustedes á cambiarse de ropa, que un mal resfriado se coje pronto y luego... Beatriz, haga usted fuego en la habitacion de Enrique. Tú, entretanto, esposa mia... (Durante este tiempo, Francisco y Andrés se habrán llevado el velador; y Beatriz, colocado las sillas.—Despues, váuse los tres.)

MARIA. Antes, me permitirás que salude á nuestro buen amigo... ¿Qué tal el viaje?

MIG. (Interponiéndose.) Escelente.

MARIA. ¿Cómo se encuentra de salud?

MIG. (Idem.) Perfectamente.

ENR. Yo tambien estoy bueno, y muy contento de verte.

MIG. Vamos, hijos mios, retiráos. (María y Enrique, váuse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA X.

MIGUEL Y PABLO.

PAB. (Durante la anterior escena, llega al colmo de la desesperacion.) ¿Miguel?...

MIG. ¿Amigo mio?...

PAB. ¡Tu esposa... tu hijo!,..

MIG. ¿Qué sucede?

PAB. Supongo que no he soñado; acabo de verlos y los dos se encuentran aquí.

MIG. Sin duda alguna. ¿Y por qué me dices eso?

PAB. ¿Porqué? ¿Y me preguntas porqué?

MIG. Justamente.

PAB. ¿Despues de lo que me has dicho hace poco?

MIG. ¿Y qué es lo que te he dicho, para que haya causado en ti tan extraordinario asombro?

PAB. ¿Qué es lo que?... Entonces, has perdido la memoria.

MIG. ¿Yo?... Bien sabes que mi memoria es escelente, y que jamás he padecido distracciones.

PAB. ¡Cómo!...¿Ya no recuerdas haberme dicho, hace un instante?...

MIG. ¿Qué te he dicho? Concluyamos, ¿Qué es ello!

PAB. Que Enrique y Maria....

MIG. ¿Y qué mas?

PLA. Que Enrique, habia sido atacado de una fiebre tifoidea.

MIG. ¡Enrique!....¿Cuándo?...

PAB. Ayer. Y que en su desesperacion, se volvió loca tu mujer; y finalmente, que tu esposa habia muerto. (Miguel le mira con finjido espanto.) ¿Por ventúra, no has oido lo que te he dicho? ¿Acaso no me has comprendido?

MIG. Si, perfectamente; pero es que...

PAB. ¿Qué?

MIG. (Retrocediendo con espanto.) ¡Desgraciado!

PAB. ¿Qué sucede di?

MIG, (Con asombro.) Lo que pasa es, que yo no te he dicho una palabra de lo que dices... ni una sola palabra.

PAB. ¡Cómo!... ¿Tú no me has dicho?...

MIG. Vamos, Pablo...cálmate y trata de raciocinar un poco. ¿Cómo he podido decirte y porqué te habia de decir... una cosa... que no es?... ¿Porqué?... Reflexiona bien lo que te digo.

PAB. ¡Si!... Sin duda alguna?...¡Entonces soy yo!.. (Se lleva la mano á la frente y lanza un grito.) ¡Ah, si!..... Mi padre.... (Con voz ahogada.) !El doctor!... El doctor!... (Deteniéndose repentinamente.) ¡El Vizconde!.....¡Giraldez!...¿Dónde está ese miserable?... ¡En el pabellon de Inver-

nadero!...¡Ah!...si...allí aguarda á su cómplice (Apoderándose vivamente de una espada.) ¡Ah, si!..... ¡Ella le espera... pero él!..... ¡Já, já, já!.... (Lanzando una carcajada convulsiva.) ¡El no me espera á mí!... Já, já, já!....(Váse corriendo por el foro y riendo convulsivamente.)

ESCENA XI.

MIGUEL solo.

(Sigue con la vista á Pablo, con una mezcla de alegría y de espanto.—Despues, baja lentamente hácia el proscenio.) ¡Ah!..¡El doctor es un grande hombre!.. ¡Un sábio.....! Se puede tener confianza en lo que dice. (Temblando.) ¡Entonces, á ella!... ¡Con una sola palabra, la voy á asesinar!...(Dá un paso y se detiene.) ¡Ah!...¡Yo me creia con mas ánimo!...¡Pues bien, no!...¡Eso es superior á mis fuerzas!... ¡No puedo, no!... ¡Pero tampoco puedo....permanecer aquí...! ¡Eso es imposible!... (Llamando.) ¡Andrés!...¡Andrés!..

ESCENA XII.

DICHO Y ANDRÉS.

AND. (Entra muy agitado.) ¡Señor!...¡Señor!....

MIG. (Interrumpiéndole.) Manda enganchar mi carruaje, y dile á Francisco que pase á mi habitacion. (Vase por la primera puerta de la derecha. y la cierra tras sí.)

ESCENA XIII.

MARIA y ANDRES.

MARIA. (Entra por la izquierda, en el momento qne Andrés vá á salir.-Deteniéndole.) ¿Dime, dónde están esos señores?

AND. ¿Ignora usted, señorita, que don Pablo se ha vuelto loco?

MARIA. ¿Que se ha vuelto loco?

AND. Lo que usted oye. Acababa de almorzar con don Miguel, cuando de repente le vimos atravesar el jardin, con los cabellos en desórden, con una espada en la mano, y diciendo cosas imposibles de comprender.

MARIA. ¡Prosigue!..¡Acaba!..

AND. Por fin, hemos logrado desarmarle y encerrarle con gran trabajo en el Invernadero, donde está con el doctor, que vino enseguida en su socorro

MARIA. ¿Y mi esposo?

AND. Acaba de decirme, que mande enganchar inmediatamente su carruage; y que le diga á Francisco que pase á su habitacion, y en ella se ha encerrado,

MARIA. Está bien. Vete. (Váse Andrés.)

ESCENA XIV.

MARIA y despues MIGUEL.

MARIA. ¿Qué significa todo esto?..¡Aquí debe existir algun misterio!..(Se dirije hácia la primera puerta de la derecha.-Deteniéndose.)¡Tengo miedo!., (Espantada, al ver en el canapé su porta-monedas.) ¡Ah!.. ¡Mi porta-monedas!.. (Lo coje vivamente.) ¡Abierto!.. ¡Ah!.. ¡Vacio!.. ¡Ah!.. ¡No hay duda!.. ¡Mi esposo lo habrá visto... y yo!.. ¡Soy perdida!.. ¡Soy perdida!.. (Vacilando, dá algunos pasos hácia su habitacion Miguel, aparece con una maleta pequeña de viaje en la mano.—Al ver á Maria, se detiene en la puerta, y la mira inmóvil y mudo.— Ella trata de decirle algunas palabras, que espiran en sonidos casi inarticulados.) ¡Ah!..¡Per...don!., ¡Señor!.. ¡Te... ned... pi..... e... dad... de... mi!..(Hablando, se dirije á su aposento con vivísima emocion, el pecho palpitante, y los ojos desencajados.—Despues, lleva su mano al corazon y esclama.) ¡Mi... hi...jo!.. ¡Mi... hi... jo!.. ¡Ah!.. ¡Ah!.. (Desaparece, y á poco se oye el ruido de un cuerpo que se desploma en el suelo.)

ESCENA ÚLTIMA.

MIGUEL y despues ENRIQUE.

MIG. (Deja su maleta detras del canapé.— Dirije su vista hácia la habitacion de Maria, sin que el público deje de verle.—Llamando á media voz.) ¡Maria!.¡Maria!..¡No me responde!..(Entra en la habitacion.—Con voz mas fuerte.) ¡Maria!.. (Momentos de silencio.—Aparece en extremo pálido—Con voz ronca y firme.)¡Dios lo quiso!..¡Estaba de Dios!; (Coje su maleta.— Enrique, aparece por la segunda puerta izquierda.)

ENR. (Asustado al verle.) ¡Papá!.. (Miguel se detiene temblando.) ¿Dónde vás?..

MIG. Voy á salir, hijo mio.

ENR. No me engañas, no: vás de viaje, porque llevas tu maleta.

MIG. Bien... si... eso... es.

ENR. ¡Y te ibas sin besarme!.. (Llorando.)¡Qué malo eres!.. Yo que he sido tan bueno toda la semana!..(Se lanza al cuello de su padre.)

MIG. (Mirándole con emocion.)¡Pobre inocente huérfano!..¡Vamos, ven...te llevaré conmigo!.... Ven, hijo mio, vén!..(Lo besa con efusion.)

ENR. ¿Pero... y... mamá?..

MIG. ¡¡¡Duerme!!!...(Miguel se aleja con Enrique, quien envia un beso á la habitacion de su madre.)

FIN DEL DRAMA.

3 0112 077701925

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de *D. Alfonso Durán,* Carrera de San Jerónimo de *D. Leocadio Lopez,* calle del Cármen; de los *Sres. Hijos de Fé,* calle de Jacometrezo, y de *Murillo,* calle de Alcalá.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion,* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.